

CAPITULO VII

SUMARIO: Excursión á Santa Fe.—Campos de cardos.—Costumbres del viscacha.—Pequeño buho.—Manantiales salados.—Llanuras.—Mastodonte.—Santa Fe.—Cambio en la naturaleza del país.—Geología.—Diente de una raza de caballos extinta.—Relaciones entre los animales fósiles y los cuadrúpedos recientes de la América septentrional y de la América meridional.—Efectos de una gran sequía.—El Paraná.—Costumbres del jaguar.—El ave de pico en forma de tijeras.—Martín-pescador, loro y ave con la cola en forma de tijeras.—Revolución.—Buenos Aires.—Estado del gobierno.

De Buenos Aires á Santa Fe.

El 27 de Septiembre de 1833 por la tarde salgo de Buenos Aires para dirigirme á Santa Fe, situado á unas 300 millas (480 kilómetros) en las orillas del Paraná. Los caminos próximos á la ciudad están después de las lluvias en tan mal estado, que nunca hubiera creído que pudiera recorrerlos una carreta tirada por bueyes. Verdad es que si logramos pasar adelante es andando sólo una milla por hora, y aun así es preciso que un hombre vaya al frente de los bueyes para elegir los sitios menos malos. Nuestros bueyes están rendidos de fatiga; es un burdo error el creer que con mejores caminos y viajes más rápidos aumentarían los sufrimientos de los animales. Cruzamos una hilera de carretas y un rebaño de ganado vacuno, que se dirigen á Mendoza. La distancia es de unas 580

millas geográficas, y el viaje suele durar cincuenta días. Estas carretas, estrechas y muy largas, tienen un toldo de cañizo; llevan sólo dos ruedas, á veces hasta de 10 pies de diámetro. Tiran de ellas seis bueyes, guiados por medio de un agujón de 20 pies lo menos de largura; cuando no se emplea, se cuelga debajo del toldo. Por lo común, se tiene á mano otro segundo agujón mucho más corto, que sirve para los bueyes puestos entre las varas; para el par de bueyes intermedio, se usa un pincho clavado en ángulo recto en el agujón largo, el cual parece una verdadera máquina de guerra.

28 de Septiembre.—Atravesamos el pueblecillo de Luxán, donde se pasa el río por un puente de madera, lujo nunca visto en este país. También cruzamos Arco. Las llanuras parecen absolutamente niveladas; pero no es así, pues el horizonte está más lejano en algunos puntos.

Las estancias distan mucho unas de otras; en efecto, hay muy pocos pastos buenos, estando el suelo cubierto en casi todas partes por una especie de trébol acre ó por cardo gigante. Esta última planta, tan bien conocida desde la admirable descripción que de ella hizo Sir F. Head, en esa estación del año no había llegado sino á los dos tercios de su altura; en algunas partes los cardos se elevan hasta la grupa de mi caballo; en otras no han brotado aún de la tierra, y entonces el suelo está tan desnudo y polvoriento como pueda estarlo en nuestras grandes carreteras. Los tallos, de un color verde brillante, dan al paisaje el aspecto de un bosque en miniatura. En cuanto los cardos crecen todo lo que han de crecer, los llanos que recubren se vuelven impenetrables en absoluto, excepto en algunos senderos, verdadero laberinto sólo cono-

cido por los ladrones que se guarecen allí en esa estación y salen para robar y asesinar á los viajeros. Un día preguntaba yo en una casa «si había por allá muchos ladrones» y me respondieron, sin comprender yo al pronto el alcance de la contestación: «Todavía no han brotado los cardos.» Casi nada de interés hay que observar en los parajes invadidos por los cardos, pues pocos mamíferos ó aves habitan en ellos, á no ser el viscacha y su amigo el buho pequeño.

Sabido es que el viscacha (1) constituye uno de los rasgos característicos de la zoología de las Pampas. Por el Sur se extiende hasta el río Negro, á los 41° de latitud, pero no más allá. No puede, como el agutí, vivir en los llanos pedregosos y desiertos de la Patagonia; prefiere un suelo arcilloso ó arenisco, que produce una vegetación diferente y más abundante. Cerca de Mendoza, al pie de la cordillera, habita casi en las mismas regiones que una especie alpestre muy parecida. Circunstancia curiosa, respecto á la distribución geográfica de este animal: por fortuna para los habitantes de la banda oriental, nunca se le ha visto al Este del Uruguay; sin embargo, en esta provincia hay llanuras que parecen deber prestarse maravillosamente á sus costumbres. El Uruguay ha presentado un obstáculo insuperable á su emigración, aunque ha atravesado la aún más ancha barrera formada por el Paraná y abunda en la provincia de Entre-Ríos, sita entre las dos grandes corrientes de agua. Este animal es muy numeroso en las cercanías de Buenos Aires.

(1) El viscacha (*Lagostomus trichodactylus*) se parece un poco á un conejo grande, pero tiene más gruesos los dientes y más larga la cola. Sin embargo, como el agutí, sólo tiene tres dedos en las patas de atrás. Desde algunos años se exporta su piel á Inglaterra, á causa de beneficiarse en la peletería.

Parece habitar de preferencia en las partes de la llanura recubiertas á su debido tiempo por los cardos gigantes con exclusión de todas las demás plantas. Los gauchos afirman que se alimenta de raíces, lo cual parece muy probable á juzgar por la fortaleza de sus dientes y por los lugares que acostumbra á frecuentar. Por la tarde salen los viscaches en gran número de sus madrigueras y se sientan tranquilamente á su entrada. Entonces parecen casi domesticados; y un hombre que pase por delante de ellos á caballo, lejos de asustarlos, parece dar nuevo pábulo á sus graves meditaciones. El viscacha anda con desgarbo, y al verle por detrás cuando entra en su gazapera, con la cola levantada y las patas delanteras tan cortas, se asemeja mucho á una rata grande. La carne de este animal es muy blanca y tiene muy buen gusto; sin embargo, se come poco.

El viscacha tiene una costumbre muy singular: lleva á la entrada de su guarida todos los objetos duros que encuentra. Alrededor de cada grupo de agujeros se ven reunidos en un montón irregular, casi tan grande como el contenido de una carretilla, huesos, piedras, tallos de cardo, terrones de barro endurecido, estiércol seco de buey, etc. Me han dicho (y la persona que me ha dado la noticia es digna de crédito) que, si un jinete pierde el reloj durante la noche, está casi seguro de encontrarlo á la mañana siguiente en la entrada de las madrigueras de los viscaches, en el camino recorrido la víspera. Esta costumbre de recoger todas las sustancias duras que pueda haber en el suelo en las cercanías de su habitación debe producir mucho trabajo á este animal. ¿Con qué fin lo hace? Me es imposible decirlo, ni siquiera sospecharlo. No puede ser con un propósito defensivo, puesto que el montón de residuos

está casi siempre encima en la abertura de la guarida, que penetra en tierra inclinándose un poco. Sin embargo, alguna razón habrá para ello; pero los habitantes del país no saben más que yo acerca de este particular. Sólo conozco un hecho análogo: la costumbre que tiene la *Calodera maculata*, esa extraordinaria ave de la Australia, de construir con ramitas una elegante habitación abovedada donde va á divertirse con mil juegos, y junto á la cual reúne conchas, huesos y plumas de ave, sobre todo plumas de brillantes colores. M. Gould, que ha descrito estos hechos, me advierte que los naturales del país van á visitar esas galerías cuando se les pierde algún objeto duro, y ha visto encontrar una pipa de esa manera.

El pequeño buho (*Athene cunicularia*), del cual he hablado tan á menudo, habita exclusivamente en los agujeros de los viscaches, en los llanos de Buenos Aires; por el contrario, este ave construye su propio nido, en la banda oriental. Durante el día, y más particularmente por la tarde, puede verse en todas direcciones á esas aves, posándose casi siempre apareadas en el montoncito de arena que hacen junto á su agujero. Si se las molesta vuelven á meterse dentro de éste ó vuelan á alguna distancia, exhalando un grito agudo; luego se vuelven y miran con atención á cualquiera que las persiga. A veces, por la noche, se las oye prorrumpir en el agudo grito propio de su especie. En el estómago de dos de esas aves he hallado restos de un ratón; un día vi á una llevarse en el pico una culebra que acababa de matar. Por otra parte, esto es lo que durante el día constituye su presa principal. Para probar que pueden mantenerse con toda clase de alimentos, conviene advertir que el estómago de algunos buhos muertos en los islotes del archipiélago de Cho-

nos, estaba lleno de cangrejos de mar bastante grandes. En la India (1) hay un género de buhos pescadores que también cogen á los camaros.

Por la tarde cruzamos el río Arrecife sobre una simple almadría hecha con barriles atados unos á otros, y pasamos la noche en la casa de postas al otro lado del río. Pago el alquiler del caballo que he montado, á razón de 31 leguas recorridas; y aun cuando ha hecho mucho calor, no siento demasiada fatiga. Cuando el capitán Head habla de jornadas de 50 leguas en un día, no creo que se refiera á una distancia equivalente á 150 millas inglesas; en todo caso, las 31 leguas que he recorrido sólo representaban 76 millas inglesas (122 kilómetros) en línea recta; y me parece que, en un país tan llano como éste, si se añaden cuatro millas por los rodeos se está muy cerca de la verdad.

29 y 30 de Septiembre.—Proseguimos nuestro camino á través de llanuras absolutamente del mismo carácter. En San Nicolás veo por vez primera el magnífico río Paraná. Al pie del acantilado sobre el cual está construida la ciudad vense varios grandes buques anclados. Antes de llegar á Rosario cruzamos el Saladillo, río de agua pura y transparente, aunque harto salobre para poder beberla. Rosario es una gran ciudad construida en un llano terminado por un tajo que domina al Paraná unos sesenta pies. En este sitio el río es muy ancho y está entrecortado por islas bajas con árboles, lo mismo que la opuesta orilla. El río se asemejaría á un gran lago, á no ser por la forma de las islas que por sí sola basta para producir la idea de agua corriente. Los cantiles forman la parte más pintoresca del paisaje; algunas veces son verticales en

(1) *Journal of Asiatic Soc.*, tomo v, pág. 363.

absoluto y de un color rojo vivo; otras veces se presentan bajo la forma de inmensas moles rotas cubiertas de cactus y de mimosas. Pero la verdadera grandeza de un río colosal, como éste, proviene del pensamiento de su importancia desde el punto de vista de la facilidad que proporciona para las comunicaciones y el comercio entre diferentes naciones y llena de admiración el pensar de qué enorme distancia viene este caudal de agua dulce que corre á nuestros pies y cuán inmenso territorio riega.

Por espacio de muchas leguas al Norte y al Sur de San Nicolás y de Rosario, la comarca es realmente llana. No puede acusarse de exagerado nada de lo que los viajeros escriben acerca de este nivel perfecto. Sin embargo, nunca he podido hallar un solo sitio donde girando con lentitud no haya distinguido objetos á una distancia más ó menos grande; pues bien, eso prueba con plena evidencia una desigualdad en el suelo de la llanura. En el mar, cuando los ojos están á seis pies por encima de las olas, el horizonte está á $2\frac{4}{5}$ millas de distancia. De igual modo, cuanto más nivelada está una llanura, tanto más se aproxima el horizonte á estos límites estrechos; pues bien, en sentir mío, eso basta para destruir el aspecto de grandeza que se supone deber notarse en una vasta planicie.

1.º de Octubre.—A la luz de la luna nos ponemos en camino, y á la salida del sol llegamos al río Tercero; también le llaman el Saladillo y merece tal nombre, pues las aguas que lleva son salobres. Permanezco aquí la mayor parte del día, buscando osamentas fósiles. Además de un diente perfecto del *Toxodon* y varios huesos esparcidos, encuentro dos inmensos esqueletos que, puestos uno cerca del otro, se destacan de relieve sobre el tajó vertical que costea al Paraná.

Pero estos esqueletos caen hechos polvo y no puedo llevarme sino pequeños fragmentos de uno de los grandes molares; sin embargo, eso basta para probar que tales restos pertenecen á un mastodonte, probablemente la misma especie que debía de habitar en tan gran número en la parte de la cordillera del alto Perú. Los remeros que conducen mi canoa me dicen que desde hace mucho tiempo conocen la existencia de esos esqueletos, preguntándose á menudo cómo habrían podido llegar hasta allá; y como en todas partes hace falta una teoría, habían venido á parar á la conclusión de que el mastodonte era un animal minador, como el viscacha. Por la noche recorremos otra etapa y atravesamos el Monge, otro río de agua salobre que contribuye á regar las Pampas.

2 de Octubre.—Cruzamos Corunda; los admirables jardines que la rodean hacen de ella uno de los pueblos más bonitos que he visto en mi vida. A partir de ese punto, hasta Santa Fe, el camino deja de ser seguro. El lado occidental del Paraná, subiendo hacia el Norte, deja de estar habitado; por eso los indios hacen frecuentes algaradas y asesinan á todos los viajeros que encuentran. Por otra parte, la naturaleza del país favorece muchísimo para tales expediciones, pues termina la pradera y la sustituye una especie de bosque de mimosas. Pasamos por delante de algunas casas que han sido saqueadas y desde entonces permanecen desiertas. Vemos también un espectáculo que causa la satisfacción más intensa á mis guías: el esqueleto de un indio colgando de la rama de un árbol; aún penden de los huesos tiras de piel seca.

Llegamos por la mañana temprano á Santa Fe. Me llena de asombro el ver el grandísimo cambio de clima producido por una diferencia de 3º de latitud,

nada más, entre esta ciudad y Buenos Aires. Todo lo evidencia: la manera de vestir y el color de los habitantes, el mayor tamaño de los árboles, la multitud de nuevos cactus y otras plantas, y sobre todo el número de aves. En una hora he visto media docena de aves que nunca vi en Buenos Aires. Si se atiende á que no hay fronteras naturales entre las dos ciudades y á que el carácter del país es casi exactamente el mismo, la diferencia es mucho mayor de lo que pudiera creerse.

3 y 4 de Octubre.—Un violento dolor de cabeza me obliga á guardar cama durante dos días. Una buena anciana que me cuida me insta á que ensaye una porción de remedios estafalarios. Acostumbran á fijar en cada sien del enfermo una hoja de naranjo ó un pedazo de tafetán negro; aún es más usual cortar un haba, humedecer ambas mitades y poner una en cada sien, donde se adhieren con facilidad. Se cree que no conviene quitarse las habas ó el tafetán, sino dejarlos hasta que se caigan ellos solos. A veces si se pregunta á una persona que lleve puestos en la cabeza pedazos de tafetán qué le pasa, responde: «Anteayer tuve jaqueca.» Los habitantes de este país emplean remedios muy extraños, pero hartos asquerosos para poder hablarse de ellos. Uno de los menos sucios consiste en cortar por en medio perritos pequeños, y sujetar cada pedazo á un lado de un miembro roto. Aquí son muy buscados los perritos de una raza sin pelo para servir de calentadores á los enfermos.

Santa Fe es una pequeña ciudad, tranquila, limpia y donde reina buen orden. El gobernador López, soldado raso en tiempo de la revolución, lleva diez y siete años en el poder. Esa estabilidad proviene de sus costumbres despóticas, pues hasta ahora parece adaptarse mejor á estos países la tiranía que el republica-

nismo. El gobernador López tiene una ocupación favorita: cazar indios. Hace algún tiempo mató á 48 y vendió sus hijos como esclavos, á razón de 20 pesos por cabeza.

5 de Octubre.—Cruzamos el Paraná para dirigirnos á Santa Fe Bajada, ciudad sita en la opuesta orilla. El paso nos cuesta varias horas, pues el río consiste aquí en un laberinto de pequeños brazos, separados por islas bajas cubiertas de bosque. Tenía yo una carta de recomendación para un viejo español, un catalán, que me recibe con la mayor hospitalidad. Bajada es la capital de Entre-Ríos. En 1825 la ciudad contenía 6.000 habitantes, y 30.000 la provincia. Sin embargo, á pesar del corto número de habitantes, ninguna provincia ha sufrido más revoluciones sangrientas. Hay aquí diputados, ministros, ejército regular y gobernadores; por tanto, no es extraño que haya revoluciones. Esta provincia llegará á ser de seguro uno de los países más ricos de la Plata. El suelo es fértil, y la forma casi insular de Entre-Ríos le da dos grandes líneas de comunicaciones: el Paraná y el Uruguay.

Me detengo cinco días en Bajada y estudio la geología interesantísima de la comarca. Hay aquí, al pie de los cantiles, capas que contienen dientes de tiburón y conchas marinas de especies extintas; luego se pasa gradualmente á una marga dura y á la tierra arcillosa roja de las Pampas con sus concreciones calizas que contienen osamentas de cuadrúpedos terrestres. Este corte vertical indica claramente una gran bahía de agua salada pura, que poco á poco se ha convertido en un estuario fangoso en el cual eran acarreados por las aguas los cadáveres de los animales ahogados. En Punta Gorda (banda oriental) he visto que el sedimento de las Pampas alternaba con calizas

que contienen algunas de las mismas conchas marinas extintas; lo cual prueba un cambio de dirección en las corrientes, ó con más probabilidades, una oscilación en el nivel del fondo del antiguo estuario. El aspecto general de los sedimentos que forman las Pampas, su posición en la desembocadura del gran río de la Plata, la presencia de un número tan considerable de osamentas de cuadrúpedos terrestres: tales eran las principales razones en que me fundaba yo hasta hace poco para sostener que esos sedimentos se habían formado en un estuario. Pues bien, el profesor Ehrenberg ha tenido la bondad de examinar una muestra de la tierra roja que recogí en la parte inferior del sedimento, junto á los esqueletos de mastodonte: ha encontrado en ella varios infusorios pertenecientes en parte á especies de agua dulce, en parte á especies marinas; predominando un poco las primeras, deduce que el agua en que se formaron estos sedimentos debía de ser salobre. D'Orbigny ha encontrado en las orillas del Paraná, á 100 pies de altura, grandes capas conteniendo conchas propias de los estuarios y que habitan hoy un centenar de millas más cerca del mar; yo he encontrado conchas análogas á menos altura, en las orillas del Uruguay; prueba de que inmediatamente antes de que las Pampas sufrieran el levantamiento que las transformó en terreno seco, las aguas que las cubrían eran salobres. Por bajo de Buenos Aires hay capas de levantamiento que contienen conchas marinas pertenecientes á las especies que existen en la actualidad, lo cual prueba también que es preciso atribuir á un periodo reciente el levantamiento de las Pampas.

En el sedimento de las Pampas, junto á Bajada, he hallado el caparazón óseo de un animal gigantesco

parecido al armadillo; cuando ese caparazón quedó limpio de la tierra que lo llenaba, hubiérase dicho que era un gran caldero. También he hallado en el mismo lugar dientes de *Toxodon* y de *Mastodonte* y un diente de caballo, todos ellos teñidos del color del sedimento y cayéndose hechos polvo. Este diente de caballo me interesaba mucho (1), é hice las averiguaciones más minuciosas para convencerme bien de que había quedado sepulto en la misma época que los demás fósiles; ignoraba yo entonces que un diente análogo estaba escondido en la ganga de los fósiles que recogí en Bahía Blanca; tampoco se sabía entonces que en la América del Norte se encuentran por todas partes restos de caballo. Mr. Lyell trajo últimamente de los Estados Unidos un diente de caballo. Tiene interés advertir que el profesor Owen no ha podido encontrar en ninguna especie fósil ó reciente, una curva ligera pero muy extraña que caracteriza á ese diente, hasta que se le ocurrió compararlo con el mío; el profesor ha dado al caballo americano el nombre de *Equus curvidens*. ¿No es un hecho maravilloso en la historia de los mamíferos que un caballo indígena haya habitado en la América meridional, puesto que ha desaparecido para ser reemplazado más tarde por las innumerables hordas descendientes de algunos animales introducidos por los colonos españoles?

La existencia en la América meridional de un caballo fósil, del mastodonte, quizá de un elefante (2) y de un rumiante de cuernos huecos, descubierto por los Sres. Lund y Clausen en las cavernas del Brasil, cons-

(1) Es casi inútil advertir aquí que en América no existía el caballo en tiempo de Colón.

(2) CUVIER: *Ossements fossiles*, tomo I, pág. 158.